

Iglesia Episcopal de San Mateo / San Mateo

Última Epifanía, 14 de febrero de 2021

LECTURAS:

2 Reyes 2: 1-12

Salmo 50: 1-6

2 Corintios 4: 3-6

San Marcos 9: 2-9

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.  
Amén.

Como seguidores del Señor Jesús, nuestras vidas están llenas de cumbres, valles y llanuras planas; lugares oscuros y claros; cruces y coronas!

A veces parece extraño cómo Dios usa todos los lugares y tiempos de nuestra vida: los lugares altos y los lugares bajos y los lugares planos; los lugares oscuros y los claros; las coronas e incluso las cruces en nuestras vidas para mostrarnos que Él ES, y que ESTÁ CON NOSOTROS.

En nuestro Evangelio de hoy, Marcos nos invita a la cima de la montaña. Su relato de la historia de la Transfiguración de Jesús es tan vívido que sentimos que estamos allí.

Casi podemos ver que la ropa de Jesús se vuelve más blanca de lo que nadie en la tierra podría conseguirla, incluso con lejía.

Estamos escuchando cuando aparecen Moisés y Elías, hablando con Jesús, ¡aunque Marcos no nos dice lo que dicen!

También estamos allí, cuando Pedro, que está aterrizado y sin embargo quiere aferrarse al minuto, pide quedarse en él

construyendo tres casas para Moisés, Elías y Jesús.

Casi podemos ver la nube cubriendo el sol y escuchar la voz de la nube que dice "Este es mi Hijo, el Amado, escúchalo".

¡Esa es una experiencia en la cima de una montaña!

Y nosotros también estamos allí, cuando de repente Pedro, Santiago y Juan se encuentran solos con Jesús, haciendo el viaje de regreso por la colina al valle de abajo, a Jerusalén, y a la pasión y muerte de su Señor.

En Epifanía hemos escuchado cómo Jesús se muestra al mundo como el Hijo de Dios, Emmanuel, Dios-Con-Nosotros. Hemos escuchado las historias de la cima de la montaña, y todo se reduce a esto: a Jesús transfigurado y al mandato "¡Escúchalo!"

Este miércoles comenzamos nuevamente la caminata a la cruz con nuestro Señor, como lo hacemos todos los años en esta época, en este tiempo llamado Cuaresma. Ahora escucharemos las historias del valle, y todo llegará a esto: a Jesús crucificado, muerto y enterrado en una tumba prestada.

Piense en el pobre Eliseo en la lectura de hoy del segundo libro de Reyes. Sabe que Dios pronto llevará a Elías al cielo, pero permanece con él todo el tiempo que pueda, desde Gilgal hasta Betel; desde Betel hasta Jericó y hasta el otro lado del río Jordán. No quiere discutirlo con los otros profetas cuando le preguntan qué sabe. Él lo sabe, y observa cómo el carro de fuego y los caballos de fuego lo separan de Elías y Elías asciende al cielo en un torbellino. Reconoce a Dios y clama en voz alta: "¡Padre, padre! Los carros de Israel y su gente de a caballo", y aún se rasga la ropa en dos de luto.

¡Esa es una experiencia en el valle!

Después de ver a Jesús transfigurado y escuchar la voz de la nube, los discípulos tienen que caminar de regreso desde su experiencia en la cima de la montaña, con instrucciones de no contarle a nadie lo que han visto hasta después de que Jesús resucita de entre los muertos.

Después de ver a Elías llevado al cielo por el torbellino, Eliseo tiene que recoger el manto que le dejó y seguir adelante a través de su experiencia en el valle para continuar con su propio ministerio como profeta llamado por Dios.

¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué vamos a hacer, como discípulos del Señor Jesús, en este Año de Nuestro Señor dos mil veintiuno, con NUESTRAS montañas y NUESTROS valles?

Creo que Marcos compartió la transfiguración con nosotros para que nosotros también escucháramos la voz de la nube que decía: "Este es mi Hijo, el Amado; ¡ESCUCHANLO!"

ESCUCHE - ¿Qué nos dice el Hijo de Dios? Él dice que el mandamiento más grande es amar a Dios con todo lo que tenemos, y a nuestro prójimo tanto como a nosotros mismos. Dice que para ser sus discípulos debemos tomar nuestras cruces y seguirlo. Dice que siempre está con nosotros, SIEMPRE, hasta el final de la era. Él está con nosotros en las cimas de las montañas y en los valles más bajos, y en nuestras cruces, ¡SIEMPRE y SIEMPRE!

Nuestra colecta de hoy pide que a través de la fe veamos la luz de Cristo, y seamos FORTALECIDOS para llevar nuestras cruces y seamos CAMBIADOS a su semejanza de gloria en gloria. Contemplar la luz de Cristo, llevar cruces y ser transformados. Creo que ese es nuestro llamado como cuerpo cristiano ahora, ya sea desde las cimas de nuestras montañas o desde nuestros valles más profundos. Ese ha sido siempre nuestro llamado. "Este es mi Hijo, el Amado; escúchalo".

Hay muchas cruces para llevar en este momento, ¿no? No tenemos que mirar muy lejos para verlos. Cruces de sufrimiento y enfermedad. Cruces de miedo y ansiedad. Cruces de hambre y trabajos perdidos y sin techo. Cruces de ira y desesperación. Cruces de violencia, mezquindad, odio e injusticia. Parecen pesados y cargados de astillas. Son muy atemorizantes. Realmente no queremos levantarlos y cargarlos. Luchamos con ellos y, a nuestro alrededor, nuestros hermanos y hermanas luchan por llevar los suyos.

San Pablo nos dice hoy que no nos proclamamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor y a nosotros mismos como esclavos por el bien de los demás. Esclavos que llevan la luz de Cristo en nuestro corazón. Esa luz no quita esas cruces aterradoras, pero da a los fieles el valor y la fuerza para tomarlas y llevarlas tras el Señor.

Hay una historia sobre alguien que una vez le preguntó a un niño quiénes son los santos de Dios. Su respuesta: "¡Son las personas a través de las cuales brilla la luz!" El niño se refería a las vidrieras de su iglesia local, ¡pero sus palabras suenan verdaderas! Los santos de Dios SON las personas a través de las cuales la luz brilla, señalando a otros hacia el Cristo.

Me pregunto, ¿qué sucede cuando "la gente a través de la cual brilla la luz" es lo suficientemente valiente como para llegar como sirvientes y tomar un poco de la vieja cruz astillada de un vecino y cargarla, aunque sea por un rato? ¡Quizás ESO es lo que hacemos, como discípulos del Señor Jesús, en este Año de Nuestro Señor dos mil veintiuno, con NUESTRAS montañas y NUESTROS valles! Llevamos cruces arriba y abajo, ¡y a veces no solo las nuestras! ¡A veces, los llevamos a nuestros vecinos!

Hay tantas cruces en tantas espaldas en este tiempo. Quizás ese sea un buen proyecto para nosotros en Cuaresma este año. ¡Siempre que podemos, dejamos brillar la luz! Creo que cada vez que nosotros, los esclavos de Jesús, nos acercamos con amor para ayudar a otros a llevar sus cruces, su luz brilla más fuerte en nosotros. ¡Creo que en ese levantamiento, somos TRANSFORMADOS a su semejanza, poco a poco, de gloria en gloria!

Que su jornada de Cuaresma este año sea verdaderamente bendecida.

Amén.